PRESENCIA



SUMARIO — PRESENCIA: SOBRE UN COMPLOT DE LA MASONERIA.- HECTOR DELFOR MANDRIONI: EL MENSAJE DE ALBERT CAMUS.- TOMAS INFANTE: LA DISCUSION DEL REGIMEN.- ENRIQUE ZULETA ALVAREZ: SOBRE PROCERES Y HOMENAJES.- DOCUMENTOS: UNA CONDENACION DEL MARITAINISMO.- DIBUJOS DE BALLESTER PEÑA.- IMPRIMIÓ DOMINGO E. TALADRIZ

BUENOS AIRES, VIERNES VEINTISEIS DE AGOSTO DE MIL NOVECIENTOS CUARENTA Y NUEVE. — AÑO UNO — NÚMERO XVII.

Aparece el segundo y cuarto viernes de cada mes. Dirección: Sarmiento 930. Administración: Venezuela 649. Imprenta: San Juan 3875. Buenos Aires. Precio del ejemplar: $ 0,50 Suscripción anual: $ 12.-

EL MENSAJE DE

Las doctrinas existencialistas han causado un verdadero revuelo en este mundo de posguerra: revuelo en las inteligencias, en las salas y hasta en los cafés para no hablar de los salones. Las mentes más ecuánimes han tenido que hablar, sobre todo para poner en su sitio algunas figuras de ilustres y sensatos filósofos antiguos y medievales, despertados por la fanfarra de los existencialistas que a toda costa quisieran hacerlos entrar en la banda.

Entre los representantes del existencialismo francés podemos contar a M. Albert Camus de quien nos ocuparemos en este artículo. Los motivos que nos han inducido a ello son varios: en primer lugar, sus libros, sobre todo LA PESTE, son muy leídos entre nosotros; además no hace mucho tiempo, se intentó representar en un teatro de esta capital su obra LE MALENTENDU, impidiéndolo a tiempo una higiénica medida municipal, que despertara la censura indignada de varias sociedades literarias que vieron en aquella disposición un ataque a la libertad de pensamiento. Por otra parte, cundió la noticia, que fué luego realidad, de que el mismo Camus vendría a la Argentina portador de su mensaje. Una vez aquí se ha negado a hablar retirándose a los países vecinos para agraciarlos con "el privilegio de su verbo". Sus conferencias en Buenos Aires no las creemos muy necesarias; si es por el asunto del mensaje, aquí están sus libros que lo contienen bastante claro; además puede estar tranquilo, que los argentinos, incluídos los "porteños", no piensan en el suicidio, y estimamos que por el momento no existe un pánico colectivo metafísico que arrastre a las muchedumbres al planteo del fatal dilema: suicidarse o vivir suicidándose todos los días en una especie de indefinido y siempre inconcluso "harakiri". Lamentamos la superficialidad general de nuestros conciudadanos y la indiferencia frente a los temas trascendentales de la vida y de la muerte, pero entre verlos caminar distraídos por la calle Florida o lúgubremente sentados en sus habitaciones con el revólver en una mano y *Le Mythe De Sisyphe* en la otra barajando las razones que reclaman el suicidio y las que invitan a vivir suicidándose como pretende Camus, confesamos, aunque los académicos de la angustia nos tachen de superficiales, que nos complace más verlos caminar distraídos por las calles de Buenos Aires. Es ligereza e irresponsabilidad hacer de la muerte y del dolor literatura desconcertante y envenenadora; es cruel e inhumano acrecentar el caos en las almas sin defensa y sin instrucción; es medrar con el sufrimiento humano en esta triste hora del mundo, dedicarse a cerrar los caminos por donde puede venir la salvación. En 1907 escribía P. Claudel a J. Rivière: "... pensad en la inmensa muchedumbre de pobres y de miserables... que viven y mueren en la infección y en las tinieblas. Tú tienes tiempo, inteligencia, instrucción... Desgraciado de ti si no los usaras sino para espesar aún más este Tártaro por un acrecentamiento de la noche y de la corrupción". Camus es un diestro y un experto en la descripción de esta noche y sabe muy bien qué expresan los rostros de esos su "sísifos"; ¿les aporta por ventura la luz y la redención o más bien un aumento de tinieblas y dolor? Su lección de rebeldía es muy mal método y pésima medicina para el pobre hombre moderno.

Pero vengamos al mensaje de Camus. Existen varios aspectos del mismo. En primer término podemos distinguir el Camus teorizador del Absurdo; es el Camus del MYTHE DE SISYPHE. Hasta hace poco tiempo, con Freud a la cabeza la filosofía fué asaltada por los psiquiatras que escarbando en las neurosis, a través de una serie de vericuetos salían al otro lado con toda una concepción metafísica del hombre, del mundo y de Dios; ahora son los literatos que la asaltan a mansalva: no sólo sus dramas tienen un contenido filosófico, lo que es muy lógico (pese a las repugnancias que hasta hace poco tiempo se sentía por las novelas "de tesis"), sino que se convierten en autores de manuales filosóficos donde intentan racionalizar sus concepciones. Le Mythe de Sisyphe es la Carta Filosófica de Camus; no es sólo la expresión de una sensibilidad absurda, intenta ser en realidad una visión total del universo.

Está después el Camus más conocido: el literato. Ha escrito las novelas L'ÉTRANGER y LA PESTE y las piezas de teatro LE MALENTENDU, CALIGULA y L'ETAT DE SIEGE. En ellas se revela su fuerza dramática, su ardiente romanticismo y el sistemático aniquilamiento de todos sus personajes en el cadalso de su tétrica ideología. Hay en ellas paroxismo, hay sufrimientos y crueldades hasta el delirio; es una fuerza que empuja a las almas hacia una nueva redención intentando franquear el límite humano a fuerza de negar todo lo humano; pero al final de esa universal destrucción no está el nuevo "parto" de los hombres que soñara Nietzsche, sino la nada y una grotesca caricatura de la Gracia sobrenatural; lo sobrenatural, lo superhumano no es el resultado de la dilapidación nihilista de la "natura" sino un regalo de Dios que perfecciona y completa la naturaleza, por eso el santo es lo más divino y lo más humano que existe, mientras que Diego, Nada, Calígula... es lo menos divino y lo menos humano que se puede pensar.

Podemos establecer un tercer aspecto del mensaje de Camus; es el Camus de LETTRES A UN AMI ALLEMAND donde parece coincidir con M. Camus cuando conversa con sus amigos según la estampa que de su persona revela la crónica del diario "La Nación" del día 13 de agosto. En las citadas cartas anatematiza Camus a los alemanes y se muestra profundamente arraigado a su patria y a su tradición. Distingue con vigor dos europas: la Europa de la violencia y adoradora de la fuerza (Alemania), y la Europa del honor y de los valores del espíritu (Francia) con la que simpatiza y por cuyo triunfo lucha. Sin detenernos a juzgar sobre la veracidad del contenido de estas aseveraciones, sólo queremos dejar indicado que esta manera de ver las cosas contradice paladinamente su teoría del Absurdo. La contradicción está en lo siguiente: Camus define en sus Lettres dos europas, dos espíritus radicalmente diferentes, tan antagónicos que da gustoso la vida por el predominio de uno de ellos. De un lado están los "ilotes de l'intelligence", del otro la justicia y la verdad; aquí la fuerza bruta, allá el honor y la idea de una civilización superior, o sea dos concepciones de Europa cualitativamente distintas. Pero he aquí que Camus enseña en Le Mythe de Sisyphe lo siguiente: "...la croyance à l'absurde revient à remplacer la qualité des expériences par la quantité"; más adelante añade: "...ce qui compte ce n'est pas de vivre le mieux mais de vivre... le plus"; y termina con esta afirmación: "Une fois pour toutes, les jugements de valeur sont écartés ici au profit des jugements de fait" (p. 84-85); y todavía con más claridad dice: "Allí donde la lucidez reina, la escala de valores se vuelve inútil" (p. 87). Luego, entre aquellas dos europas, entre esas dos posturas éticas de ver la vida, media una diferencia *cualitativa* o sólo *cuantitativa*: si lo primero, tenemos aquí un juicio de valor, vale decir, la admisión de una escala de valores y sabemos lo que es "verdad, justicia, honor, violencia, etc....", pero entonces todo el trabajoso edificio del Mito de Sísifo se viene al suelo; si quiere estar de acuerdo con su teoría y sólo admite una diferencia cuantitativa, entonces es cuestión de un grado más o un grado menos, en el fondo todo es igual, y las razones del alemán y del francés valen lo mismo; si el asunto sólo consiste en "vivre le plus", tanto vale el vicio como la virtud, el honor del francés Camus como la brutalidad del amigo alemán. Pero dejando de lado este aspecto, vamos a considerar los dos primeros, y en particular el Camus del Mito de Sísifo.

Después de hablar de J. P. Sartre dice el agudo pensador Troisfontaines: "En una línea paralela pero independiente, Albert Camus, con menos brío intelectual pero con un más sincero romanticismo pasa él también del absurdo a la rebelión". Aquí está indicado en su esencia el mensaje de Camus: el Absurdo y la Rebeldía. Tratemos de ver en qué consiste el Absurdismo y su consiguiente actitud de rebelión frente a todo.

Dice Santo Tomás en su Comentario a la Metafísica de Aristóteles que los filósofos comenzaron a filosofar "propter admirationem alicujus causae"; admirados por los hechos raros que notaban en la naturaleza empezaron a indagar sus causas. De modo que, el hecho mismo de no descubrir desde el primer instante las razones de las cosas, no significó impedimento para el discurso de la mente, sino ocasión y estímulo para la búsqueda; y así, admirados en un primer momento ante sucesos pequeños, terminaron admirándose y estudiando las "pasiones" de la luna, del sol, de los astros y preguntándose por la Generación del Todo. La "admiratio" fué la experiencia primordial, la actitud originaria del pensador mentalmente sano frente al cosmos, y para este hombre, las innumerables antinomias que descubría en la naturaleza, no eran muros de detención sino incentivos para el trabajo. Pero pronto apareció el aprovechador, el tipo de hombre que explotando las contradicciones de los filósofos intentaba anular lo investigado y dilapidar lo adquirido: apareció el sofista, el que medraba a costa de lo que negaba; junto al admirado surgió el que se fingía "estupefacto" ante la ignorancia de las causas de las cosas. "La admiración es el principio del filosofar, pero el estupor es impedimento para la consideración filosófica", decía Tomás de Aquino. Esta vegetación de los estupefactos prolifera cuando el terreno es abonado por la desintegración de una gran metafísica; tras la ruptura de la síntesis filosófica, todo se vacía de contenido y tras la ruptura del sistema, (fleje que coordina, une y dispone las verdades o por lo menos las afirmaciones y negaciones), los grandes temas se sueltan dispersándose, y es entonces cuando son atacados por toda clase de guerrilleros: la razón se separa de la realidad y se vuelve vicio y a la sana admiración suceden toda clase de *ersatz* como la "Náusea", el "Vértigo", el "Horror", el "Absurdo", etc.... y así como antes la admiración era pique para la investigación, ahora el Absurdo es el muro donde se rompe toda comprensión del hombre, del mundo y de Dios; al sosiego de la voluntad en el camino de la sabiduría sucede ahora "cette paix empoisonnée" que todo lo perturba.

Para Camus el sentimiento fundamental y originario es el Absurdo. "Le sentiment de l'absurdité au détour de n'importe quelle rue peut frapper à la face de n'importe quel homme", y más adelante dice: "Le climat de l'absurdité est au commencement" (MYTHE, p. 24-26). Pero ¿qué es el Absurdo para

Camus? El mismo lo define en varios pasajes: "Este mundo en sí mismo no es razonable, esto es todo lo que se puede decir. Pero lo que es absurdo, es la confrontación de este irracional y de este deseo alocado de claridad cuyo llamado resuena en lo más profundo del hombre. El absurdo depende tanto del hombre como del mundo" (MYTHE, p. 37; ver también p. 45 y 71).

El Absurdo nace de este encuentro entre la razón y la sin razón del mundo, entre el ansia de amor y la absoluta frialdad del mundo. Quedará para siempre de un lado del muro mi razón, mi corazón, mi yo y mi conciencia, y del otro lado, el existente, las cosas cerradas y crueles; la razón sólo alumbra en mi interior la ausencia del saber, el corazón ama pero sin cosa amada, por eso el hombre es un Extranjero en el mundo: "Etranger à moi-même et à ce monde..." (MYTHE, p. 36). Lo que es aquí teoría, son personajes vivientes en su literatura. En su novela L'ETRANGER nos ha dejado la crónica de una conciencia neurótica que se comporta como un mineral entre los minerales: es el hombre absurdo de Camus; sin afectos, desvinculado absolutamente de todo, rueda de la oficina al patíbulo en el clima de un egoísmo y de una apatía totales. En su MALENTENDU ha citado a todos los amores humanos en un albergue en la montaña donde una madre y una hija asesinan sin pasión y sin remordimientos, y entre las víctimas se contará como uno de tantos el hijo Jan que venía a traer la felicidad a su madre y a su hermana. En ese albergue se complace Camus en pisotear todo lo que es amor materno, amor filial, amor de hermanos y amor de Dios...

R. Verneaux sintetiza las características del "existente" en los siguientes atributos: ese existente que la intuición del Absurdo me revela es un "dato bruto, un puro hecho"; es gratuito y paradojal, inexplicable, irreductible, irracional; es consistente, opaco, extranjero, inhumano y hostil; es único, concreto, infinito, pero cerrado, absoluto... Mi razón y mi sensibilidad no pueden entrar en contacto con una realidad así, no se la puede perforar, me será eternamente extraña y ajena... la única relación con ella será la relación del absurdo, por eso dice Camus que la noción de absurdo es esencial y puede figurar como la primera de sus verdades. La sensibilidad y la razón proclaman el absurdo, en psicología como en lógica hay verdades pero no verdad... y finalmente esta proclamación del absurdismo termina con estas dos afirmaciones que expresan el pensamiento de Camus: "*Quiero que se me explique todo o nada*", "*Lo que yo no comprendo no tiene razón de ser*" (MYTHE, p. 44). Pero como todo no puede ser explicado, Camus concluye que nada puede ser explicado; y puesto que nada comprendo, todo lo que es, es sin razón, luego todo es irracional, inconcebible, inexplicable e incomprensible, vale decir, todo es ABSURDO. O sea un Agnosticismo total unido a un Fenomenismo por el que sólo sé de las cosas lo que mi experiencia sensible experimenta en el choque diario y brutal de todos los días.

Pero ahora vienen las consecuencias éticas, pues naturalmente surge la pregunta ¿es posible vivir en un mundo absurdo? Este es el problema decisivo y con su planteo se abre el Mythe de Sisyphe: "No existe más que un problema verdaderamente serio: es el suicidio. Juzgar si la vida vale o no vale la pena ser vivida, es responder a la cuestión fundamental de la filosofía" (MYTHE, p. 15). ¿Qué responde Camus? Dice que no hay necesidad de optar precisamente por el suicidio, es posible vivir en un mundo absurdo, pero ¿cómo? En permanente rebelión: "Una de las únicas posiciones filosóficas coherentes es la rebelión". El destino absurdo es inevitable, la muerte es segura, más allá de la muerte la nada, estamos condenados para siempre, nuestra suerte es la aventura sin sentido de Sísifo, sólo nos queda rebelarnos contra este destino, no aceptarlo en nuestro interior aunque esto no cambie nuestra tragedia... Del absurdo saca Camus tres consecuencias: "ma révolte, ma liberté et ma passion". En su obra L'ETAT DE SIEGE, cuando la Peste manda cerrar todas las salidas y la ciudad queda bloqueada, comprobamos la actitud del loco Nada que quisiera aniquilar el mundo y que termina ladrando su desventura y arrojándose al mar, y junto a él, Diego que personifica la rebeldía y muere "irréconcilié"; son ellos las voces que proclaman la insensatez del mundo y de que es imposible vivir feliz sabiendo que el mundo es absurdo... por eso el aniquilamiento es la única apoteosis posible para los personajes de Camus.

Trataremos ahora de abrir un juicio sobre estas ideas. La teoría del Absurdo interesa una cantidad de temas filosóficos, pero en última instancia su tesis fundamental es ésta: oposición irreductible entre mi razón, facultad de lo universal, y el existente concreto, la realidad individual y particular. Debido a esta oposición el existente se torna impensable, puesto que sólo pensamos por conceptos y los conceptos son universales y la realidad es particular, luego no conceptualizable; por otra parte todo lo conceptualizable es inexistente, pura ficción de mi mente; de aquí se deduce un divorcio absoluto entre la inteligencia y la realidad, la experiencia de mis sentidos y los conceptos de mi razón, o sea, ininteligibilidad de lo real; por un lado el mundo de los fenómenos, por otro el mundo encarcelado de mi razón dando latigazos al aire, fustigando el vacío, alentando quimeras. El Absurdismo se sitúa así en el extremo opuesto del panlogismo hegeliano para quien todo lo real es racional. El teorizador del absurdo se solaza echando en cara al panlogista los innumerables irracionales que pueblan este mundo sublunar y contra el hegeliano que dice todo lo real es racional, él afirma: todo lo real es irracional.

¿Qué respondemos nosotros? Decimos que hay otra salida; es el realismo templado de Santo Tomás. Se le concede al hegeliano que en un sentido todo lo real es racional, pero no para nuestra inteligencia quebradiza, sino para una inteligencia trascendente e infinita en la que existe la razón y la exhaustiva comprensión de todas las cosas. Todo lo que es, tiene su razón de ser y posee una "forma" que lo hace "ser", su esencia, inagotable para la mente humana, pero asequible a ella. Al defensor de la irracionalidad de lo real respondemos que si bien el mundo de la inteligencia y el mundo de las cosas es diferente, no lo es hasta el punto de un divorcio entre ambos; existe una cierta connaturalidad entre mi razón y la realidad; las "formas" existen de un modo fuera de mi espíritu y de otro en mi espíritu; en la realidad están encarnadas en la materia, en estado concreto y sujetas al cambio, pero cuando se vuelven objeto de mi mente son despojadas de su materialidad volviéndose universales e inmateriales. Por la operación abstractiva de la mente no matamos ni degradamos la realidad, sino que las cosas al ser conocidas se espiritualizan y ennoblecen; cuando la inteligencia conoce, perfecciona la realidad, no esquematiza sino que actualiza la potencialidad de las cosas. "Universale inchoatur a natura" decían los antiguos, la realidad misma alberga ya en su interior una simiente de simpatía hacia la inteligencia, es el inteligible que dormita en el seno de la más humilde de las realidades. "Quiero que se me explique todo o nada" decía Camus; cabe una explicación parcial para la mente humana limitada; sólo para una mente infinita, la trama total del universo, el encadenamiento ilimitado de las razones es evidente en su visión infinita; en nosotros la explicación, aumenta en la medida en que el orden del ser se revela bajo la acción de la inteligencia que lo espeja en formas cada vez más universales. "Lo que no comprendo decía Camus, no tiene razón de ser". O sea el hombre medida de todas las cosas, pero como no mide nada, no comprende nada. Pero mi razón no crea la razón de las cosas sino que las descubre; las cosas ya tienen su razón de ser en otra Inteligencia, de modo que es posible la razón de ser de las cosas sin que mi razón las comprenda, pues mi mente, como decía Agustín, no rectifica como examinadora el inteligible, sino que se alegra descubriéndolo: "Non examinator corrigit, sed tantum laetatur inventor" (Lib. Arb. II, 12, 34).

La contradicción se torna evidente cuando Camus pretende "describir" la realidad alegando por otra parte la imposibilidad de "comprenderla". ¿Es posible acaso para la razón humana poder describir algo sin de algún modo comprenderlo? Si detrás de las descripciones no hay un "algo" que se describe y se comprende ¿qué valor tiene la descripción? Si en la mente no existe el concepto de ese algo, si de alguna manera no lo concibo entendiéndolo ¿a qué se reduciría la descripción? Ya no sería descripción sino evocación; pero evocar no es sino hacer pasar ante la mente imágenes tras imágenes sin lazo de unión y de significación; sin el concepto de "algo", vale decir, de "ser" captado por mi mente, la tarea se reduciría a señalar con un gesto de la mano. Imposible por otra parte hacer juicios, porque en el juicio se afirma o se niega algo de algo.

Acaso cuando Camus afirma: "En ningún sitio de la tierra le he tenido miedo a nadie" ¿no presupone este juicio una cantidad de conceptos? ¿No presupone el concepto de "miedo", el concepto de "coraje", etc.... Ese saber qué es el miedo, qué es el coraje responde a la "quididad" o esencia de las cosas. No en vano decían los antiguos que el ser es el objeto propio de la inteligencia. Aristóteles dice que el que niega el principio de contradicción, ese espontáneo y nativo Sí y No, el que no lo reconoce como ley del "ser" amén de un principio de la mente, se ve conducido a este dilema: o abre la boca y dice algo, o no la abre y opta por callarse; si opta por lo segundo más le vale que se vuelva "planta" dice el Estagirita; si opta por lo primero y dice algo, ya se negó a sí mismo y se purgó en su mente, pues si dice algo afirma algo que tiene un sentido y no otro, luego admite en la práctica la vigencia real del Sí y el No, pues si ese principio no engranara en la realidad ningún sentido tendría la afirmación y todo diálogo se tornaría imposible. Ahora bien, Camus optó por esto, por hablar: escribe libros donde afirma y niega a cada paso, escribe novelas y quiere conversar; a su paso por la Argentina dijo: "Las revoluciones pueden triunfar por la violencia pero sólo pueden mantenerse por el diálogo". Creemos que en la filosofía del absurdo todo auténtico diálogo es imposible y contradictorio.

No sólo la inteligencia está bloqueada, el *corazón también* lo está. La afectividad es negada y la "*apatía*" ante todo reclamo humano parece ser una consigna; insensibilidad y autarquía interior son las bases para el logro de una "*ataraxia*" que a diferencia de la de Epicuro es *compatible con la acción* y la conquista. El hombre es el Sisifo *condenado a hacer rodar* eternamente la piedra hacia la cumbre de la *montaña*... la felicidad y el absurdo, dice Camus, son dos hijos de la *misma* tierra... sólo hay un horizonte terrestre, el destino es *asunto* de hombres y tiene que ser arreglado entre los hombres; no pueden existir para un espíritu humano más que dos universos posibles, el de lo sagrado (o para hablar el lenguaje cristiano, el de la gracia) y el de la rebelión, dice Camus. Sabemos que Camus optó por el tiempo contra la eternidad. Creemos que el origen de esta trágica opción y el refugio en el mito, reside en la experiencia cruel de la vida moderna. El dolor y la muerte, la arbitrariedad de los amos, el castigo del inocente y la euforia del malvado encaramado, han lastimado la sensibilidad de Camus. Pero por extraña reacción, ha sido llevado a la ratificación del caos pues en su mundo y en su mensaje, el verdugo y la víctima, el amor y el odio, la verdad y la mentira se mezclan y se confunden.

El problema del dolor humano y la muerte están en el centro de esa poderosa imagen poética que del mundo y del hombre ha labrado Camus. Pero este viejo problema sólo tiene solución completa mirado desde Dios. En LA PESTE lo ha planteado Camus una vez más en toda su profundidad, y el autor lo ha dejado como una espina clavada en la carne, lo ha abandonado sin solución. Pero la duda final de Paneloux es debilidad y el "No" final del Viejo en el Malentendu es blasfemia y mentira. Es falso que Dios contestó con un "no" inmisericorde a la angustiosa solicitación de la humanidad dolorida; Dios ha contestado con un infinito y misericorde "sí". La respuesta a esa pregunta que en Job asumiera su forma ritual y solemne, antes que los literatos chapotearan en ella, es Cristo sufriente, es la inocencia sustancial que padece por todo lo manchado, aun por el niño ante quien retrocede la fe de Paneloux, porque en la universal caída también el niño de un día ya está tocado por la culpa. Pero Cristo no vino a destruir el dolor, sino a sufrir con nosotros, no vino a destruir la cruz sino a extenderse sobre ella, no vino a traer una respuesta dialéctica, sino una presencia dolorosa, vino a darnos una respuesta, tan dadivosa y misericorde, que de tal manera cumplió los anhelos de la misericordia humana que se puso en situación de ser El objeto de nuestra misericordia. Pero esto para Camus no tiene sentido porque él es ateo, es hombre de la tierra e ignora que además de la peste del cuerpo, está la peste del alma de la que aquella es consecuencia y símbolo a la vez. Sólo Cristo hizo compatible la muerte y el dolor con el contento; el cristiano sufre y muere como los otros, pero sabe por qué sufre y para qué. En el Santo, arquetipo del cristiano, el dolor y la alegría conviven en grado eminente; pero no es alegría en el dolor por el dolor, sino alegría en el dolor sobrellevado por Cristo, pues Dios unió el sufrimiento con la asecución de último fin del hombre.

Nietzsche, a quien Camus gusta citar, dice en un pasaje de su ZARATUSTRA: "...pero todavía la muerte no es una fiesta. Aun los hombres no saben santificar las fiestas más hermosas". Para la experiencia real del Santo la muerte es una fiesta y como "fiesta" la Iglesia recuerda la muerte del santo en su liturgia; desde que Cristo venció la muerte y la cambió en fuente de vida, la muerte es una fiesta para nuestros héroes y heroínas... nosotros sólo tratamos de arrastrar nuestro miedo y nuestro pánico a la sombra de sus alas tranquilas.

HÉCTOR DELFOR MANDRIONI



justicia prudencia



SOBRE UN COMPLOT

Los diarios oficialistas —particularmente *La Epoca* y *Democracia*— vienen hablando desde hace un par de meses de actividades subversivas que, contra nuestro actual régimen político, se vendrían tramando en los antros de la masonería internacional. Por lo que se viene diciendo o insinuando, se habría puesto en marcha todo un vasto y ramificado plan que habría de epilogarse con escenas que pudieron contemplarse en Bolivia hace un par de años. Hasta se habla de la presencia en Buenos Aires y ocupando la asesoría de una importante repartición oficial, de un personaje siniestro que tuvo actuación destacadísima en los acontecimientos que en aquellos días tuvieron lugar en la nación hermana.

De acuerdo a estas versiones, la Masonería argentina, de gran poderío, habría entrado en febril actividad desde hace un par de años, principalmente después del secuestro de la valiosa documentación de la logia de Concordia. Para mayor seguridad se habrían trasladado a Montevideo los archivos del Gran Oriente y las actividades masónicas de nuestro país habrían pasado a depender directamente de la Masonería uruguaya.

Al mismo tiempo, las logias americanas, en especial las de Méjico, Bolivia, Uruguay, Cuba, Perú y Chile, se habrían conmovido con la recepción de un Mensaje que les habría dirigido la Gran Logia Hermandad Simbólica Americana del Valle de Araucaria, y el cual entre otras cosas diría: "Desde "el Atlántico al Pacífico como desde el Caribe, las Antillas "y el Golfo de Méjico al Plata, una progresiva inquietud viene reinando en los Tall.·. y Suprem.·. Consj.·. de nuestra August.·. Ord.·., de más en más preocupados por la opresión a que va siendo sometida la libertad, la Verdad y el "Bien de que, por Sublime Merced del Gr.·. Arquit.·. del "Univ.·. somos depositarios y defensores, en los fraternos Valles de Buenos Aires". El documento habla luego de que "los "Valles del Andes al Plata padecen la opresión de los aprendices de monarcas que sueñan con imperios"; de "aquellos "hoy oprimidos y sufrientes Valles Argentinos, donde la megalomanía sueña con viejos y nuevos Virreynatos"; y exhorta a los Hermanos a "ser amables con vuestros Muy Sabios y "Muy Poderosos Venerables. Sed dulces como la miel, suaves como la seda y prudentes y cautos como nuestra serpiente Sagrada, cuya cola veréis siempre enroscarse en torno a "su presa con la suavidad de una caricia amorosa. Pero, eso "sí, sed también firmes, y tanto más en aquel instante en que "la crisis nos brinde un nuevo alumbramiento."

Este documento que lleva fecha de noviembre de 1948, redactado en el altisonante y ridículo estilo de los ritos masónicos, coincidía, con la campaña de difamación que contra nuestro país emprendía la masonería chilena desde las posiciones de gobierno. Allá es pública la profesión masónica de Presidente, ministros y militares, y en el caso concreto, del fiscal militar acusador, Nogués, del Viceministro de Relaciones Exteriores, Berstein, del Director de Investigaciones, el judío Brun. Tan burda e injusta era la acusación que Don Arturo Alessandri, viejo afiliado de la masonería, de la cual luego se separó, formuló pública protesta en Carta dirigida al Canciller chileno, Germán Riesco, censurando especialmente al Director de Investigaciones, Luis Brun. Igual protesta formulaba la embajada del Perú en Santiago de Chile.

El objetivo del plan masónico

Cuando se habla de Masonería, muchos se consideran muy "avisados" y, con aire de suficiencia, se rehusan a tomar en



POEMA CIUDADANO

He visto la ciudad
desde el cauce profundo de mi sangre,
y he cruzado los anchos veredones
de sus calles antiguas
cuyos nombres se aprenden y se olvidan.

He visto la ciudad
desde el rumor oculto de mi sangre,
y escuché su llamado,
y comprobé la voz de aquellas gentes
que gravitan sin miedo, por la noche:

Una muchacha fácil
que dice la palabra equivocada
porque su espera es cruel. Y es siempre espera.
Un hombre —solitario— que ha venido
desde un país de niebla,
y un rubio adolescente que camina
hacia las cosas nuevas, ignoradas,
que le llenan de asombro. Y de tristeza.

He visto la ciudad
desde la savia joven de mi sangre.
Hay un balcón abierto
que aparece de pronto, entre los otros,
y me recuerda un verso y una niña.

(Aquella niña no tenía nombre.
Yo la conocí triste. Y acaso persuadida
que estaba en este mundo
como un silencio más, como una sombra)

He visto la ciudad
desde el hondo murmullo de mi sangre.
Pienso en los corazones de las gentes
y me arrepiento de anteriores dichas.

Yo no debí volver.
La ciudad ha cambiado. La he sentido
transformarse en mi sueño, en mis pupilas.

(Alguien quiso el retorno
y sé que ahora nadie aguardaría)

Hay un farol que apaga
su transitorio soplo de ceniza,
y la calle despierta
con la mañana luminosa y fría.
A lo lejos,
siento crecer las horas, amarillas.

ALBERTO F. ARBONÉS

"LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SEGISMUNDA"

Miguel de Cervantes embarca a Sigismunda en una nave en compañía del hombre que ama. Y su viaje tiene como meta un punto asaz lejano. Remoto según la geografía, más aún según los obstáculos que lo van midiendo, y casi inarribable según lo que él significa para los protagonistas. Porque en la esencia de ese viaje hay, lo mismo que en sus elementos arquitectónicos con su caravana de aventuras incontables, una alegoría muy fina que se abre al final en un muy exquisito desenlace. Si bien es cierto que para un lector experto y avisado a estas cosas todo se va adivinando o sospechando desde temprano, no lo es menos aún que recién al finalizar se aprende con satisfacción infinita el propósito de su autor.

Y no hay duda que lo que éste viene persiguiendo desde un comienzo es la perfección del hombre y de la mujer. Y para lograr esa meta tan levantada se da a precisar hábilmente la forma y los medios que han de ser necesarios. Y a no mucho avanzar caemos en la noticia del camino justo, y habrá de decirse justo porque no lo hay otro, y éste es el de la integración. Pero, ¿qué es esto de la integración? nos preguntamos. La respuesta nos llega con que nos demos a observar los fenómenos de la vida animal o vegetal que nos están diciendo que un ser solo no puede vivir, que muere. Que, sin el concurso de otro ser de características distintas, su existencia sería inútil e improductiva y que bien pronto sucumbiría. La razón está en que cualquiera de esos entes por sí solos son imperfectos y se perfeccionan con la unión del otro ser distinto que lo

integra, es decir, que lo completa, que le añade lo que le falta.

Para Cervantes, como para todo católico al modo suyo, sólo dos caminos existen para la integración: O el servicio de Dios o el sacramento del matrimonio. Bien podría haber elegido para sus héroes el primer camino y en eso nada hay de chocante o ilógico para su época, y buena prueba existe de ello en el episodio del portugués enamorado que cuando su María amada le declara su consagración a Dios él sufre lo indecible pero comprende y le dice: "Optimam partem elegit". Para ese lusitano grandemente enamorado es dolorosa pero razonable la decisión de la mujer de sus sueños. Bien pudo entonces Cervantes tomar por este camino sin reñirle a la lógica, pero decide integrar a sus héroes por el camino del infinito amor de los seres opuestos bajo la bendición del cielo.

Es así entonces cómo Periandro y Auristela van a buscar su perfección dándose el uno al otro. Y allí va nuestra heroína con su purísimo amor y fe en el Santísimo, navegando en esa nave comandada por un corsario que anhela deshonrarla. Es que ese barco y sus prolongaciones durante la historia representa la vida deslizándose por un mar plagado de monstruos y de serpientes.

Y como coronación alegórica el pirata que lo dirige no es otro que el demonio. La heroína es pura, también honesta, pero al fin humana, y como tal expuesta a perecer ahogada en ese piélago de vicios y tentaciones. Por allí asoma la lascivia y la maledicencia y la asaltan y la acorralan. En otros momentos la soberbia y la ira. También los celos la debilitan y la desmayan.

No tendría valor la obra si ella venciera a tales enemigos por voluntad e intervención de la Providencia. Es preciso que ella triunfe por sí sola, es imperioso que sea la artífice de su propia pureza, la vestal de su amor intocable. El premio que tendrá al final será así conquistado nada más que por el esfuerzo humano, será la mujer, será el buen hombre quienes han vencido al demonio. Aquí está lo magníficamente representativo de Auristela, exquisito simbolismo.

Y aquí llegamos a demostrar de qué medios se vale una doncella honesta para serlo hasta el final cumpliendo con los imperativos de su perfección. Y ellos son tres: Fe, Amor y Esperanza. Esa fe que declara la bárbara Ricla, mujer de Antonio de Villaseñor, cuando se refugian en el cóncavo de la peña luego de haber enterrado a la nodriza Cloelia. "Creo en la Santísima Trinidad..." dice. Y así es, ella cree, y cree porque lo ama a Antonio. Y Antonio ama a Dios. Y ella ama a Dios en Antonio y, al final, acabará sintiendo al Señor con toda su magnificencia y adorándole.

Y así comienza la novela con una afirmación de fe: "Creo" dice Ricla, "Creo" dice Antonio, y Auristela más aún cree, más aún tiene fe. Y aquí tenemos su primer apoyo.

Las cosas del sentimiento gozan de buena acogida cuando las tenemos por naturales, que si se cargan de imposibles y de inverosimilitudes bien pronto suscitan nuestra burla sin lograr su objeto. Auristela no es un personaje irreal ni fantástico, es como las demás, suave y dulce. Y también siente como todas las mujeres del mundo sienten. Y por eso ama, y lo hace candorosamente. Y es, precisamente, Persiles, el hermano de su destinado Maximino, quien la enamora serena pero infinitamente. Antes de eso, sin embargo, ella es ajena a las cosas del amor, las ignora. Por eso, cuando llega a Tule y la reina Eustaquia le habla de Persiles en lugar de Maximino, ella no se altera ni espanta. Que no tiene por qué desde que no ha dado su corazón al mayor ni siquiera lo conoce. Sólo una cosa la preocupa: su honestidad. Por eso, refiriéndose a ella, dice: "Que como ésta se guarde, dispusieren a voluntad de ella".

Y así comienza su amor con Periandro que llegará a lo sublime y vencerá a todas las desventuras. Y la heroína tiene ahora su segundo apoyo, aquel que toma su fuerza del corazón, que jamás traiciona, y que alienta hasta en los peldaños de la muerte. Quien lo posee vence y Auristela vencerá. No pareciera de este modo, sin embargo, a quien conoce la múltiple artería y malicia del demonio. Que cuando entra a combatir con los seres intocables, prodiga sus esfuerzos porque son sus enemigos más odiados. Y su alegría es mayor si llega a vencer puesto que es más fácil enlodar a un pecador que tentar a un santo. De ahí que este ruinoso soberbio centuplique y afine su arte contra esta alma ingenua y limpia que se embarca en la nave de la vida sin más armas que su fe y amor. Y la lucha será hasta su llegada triunfal a Roma, que es como subir al cielo.

Pero está dicho que el príncipe de las tinieblas no se dará descanso, y acentuará sus ataques y agotará sus recursos. Sus dos más grandes aliados entrarán a la batalla decididos y la asediarán duramente. La sensualidad baja e inferior del hombre se le aparecerá por todos lados poco menos que asfixiándola. Serán el capitán corsario y Bradamiro, o los dos soldados que taladran el barco para huir con ella y Transila en un esquife. Tampoco quedará ajena a las pretensiones de Clodio ni a las aspiraciones del anciano rey Policarpo que de su virtud cae bajo el impulso de una pasión vulgar que mueve a lástima. Y de la sensualidad a la maledicencia en la boca del abyecto Clodio justamente asaetado por el joven Antonio. Y Rosamunda y Cenotia, lascivia y pecado a su inmediato alrededor. Todo dispuesto en su contra. Todo a la espectativa. Todo al asalto. Por último, el más cruel de sus enemigos: los celos. El demonio sabe manejarlos harto bien contra una mujer virtuosa. En su pureza, ella es un torreón; en su fe, inexpugnable. No han valido contra ella ni Bradamiros ni Corsarios, ni Clodios ni Rosamundas, pero el corazón de una mujer que ama con todo su ser es infinitamente débil y sensible a la sospecha.

Allí está su flanco vulnerable y contra él arremete fácilmente el demonio. Caído su amor, despechada, perderá también su fe y se entregará a los brazos impúdicos de la lascivia y de la torpe maledicencia, dando un gran triunfo a las tinieblas. Es entonces que el demonio se vale de una doncella inocente y enamorada: Sinforosa, hija de Policarpo de Golandia, pasa por sus ojos con su real hermosura y le manifiesta sinceramente su profundo amor por Periandro. Auristela sufre lo indecible; recuerda la narración del capitán del barco refiriendo las hazañas de Persiles y su coronamiento de guirnaldas por la bella Sinforosa. Y la sangre le rebulle, y la deja sin aliento, y está que se desgarra. El demonio goza con su inmediato triunfo. Los celos están abatiendo a la joven. El instante decisivo llega cuando angustiada y perdida, le clama a Transila: "Querida amiga, ruega al cielo que, sin haberse perdido tu esposo Ladislao, se pierda mi hermano Periandro". ¡Qué terribles son los celos!, hasta se llega a desear la muerte del ser que se ama que es como desear la propia.

Y lo que no pudo la sensualidad y la soberbia y la maledicencia casi lo pueden estos celos terribles. Finalmente la actitud de Periandro, sus lágrimas corriendo por sus mejillas en contraste con su reciedumbre y varonío, su desmayo, el propio dolor de Auristela, pueden todo y satanás es derrotado nuevamente.

Pero los sinsabores son tan numerosos, tan perversos los enemigo, que decorazonan. Salir de una desgracia para luego caer en otra y así de continuo sin avizorar la paz, sólo puede soportarlo un espíritu de privilegio. Que así como todo tiene un límite para resistir, el alma humana también lo tiene y así muchas veces cae bajo el peso del infortunio. Pero si creemos que cada desventura será la última y que después vendrá lo que es justo, si esperamos que la mañana próxima sea luminosa a pesar de los días tormentosos, si aguardamos mejorar cuando nos desgarra el infortunio, si sabemos esperar confiados, entonces somos dignos de la vida porque la comprendemos y respetamos. Que es sabio confiar cuando la causa es justa.

Y Auristela espera y aguarda y soporta. Es que tiene su tercer apoyo: la esperanza. Bien lo dice Periandro más o menos de este modo: "El alma no ha de dejar de esperar su remedio porque sería agravio a Dios". Es que la esperanza es lo único que anima la vida y le da sentido. La heroína sabe tenerla y por eso triunfa.

JOSÉ ANGEL OCHOA

DOS COMENTARIOS

I

"La profunda angustia de las ciudades enormes".

RILKE.

Y la ciudad se aguza de esquinas como ceños.
Es el otoño turbio. Crespado río el cielo
y las ramas, sumisas, como hogueras oscuras.

La pedrada de un pájaro pasa rayando el aire.
Quizá estallen las aspas que voltean el tiempo
y los tallos se aprieten de puños verdecidos.

No será, ¡oh estaciones de péndulo y llovizna!.
Si el viento se descarna por los muros inciertos
y en cualquier hoja seca tambalea el crepúsculo.

Sin embargo, yo supe la consigna y su tiempo.
(Mañanas estrenadas en dóciles corolas.
En el tacto del viento cercanas cabelleras
en la espuma y su encaje, vacantes azahares.
Y el sol en su periplo; y azul, el cielo atónito).

Mas no será la vuelta, ni el posible verano.
Estrellas desbordadas componían mi arena:

Las enterré en la playa sin calendario y nombre,
y a veces las encuentro, manantial sorpresivo,
dulces como pañuelos, pero en tensión de alas,
o convocando el llanto de solubles racimos.

II

"Yo, urgido por hallar el lugar y la fórmula".

RIMBAUD.

Clávame un ritmo y ábreme en canal o laberinto,
clávame un ave, un pez, o un juncal por un rayo.

No me dejes así, transido de silencio,
con los cables del tiempo lindando las rodillas,
provocando palabras que no son de mi sangre.

De los zaguanes turbios va creciendo la noche:
Alta mujer oscura, de caderas sonámbulas.

(Rincones de grafito le consuman los ojos.
Diez velas se le encallan de silencio en los dedos).

Me convocó su polen, el que imagina acequias.
¡Oh nocturnas acequias, estremecidos labios!

Quisiera estarme así, pero sin grillos,
en sombras inocentes como piel de durazno,
con ángeles opacos durmiendo girasoles
y sintiendo el avance de los hongos azules.

Quisiera estarme así. ¿Quién me obstina en el grito,
en despertar abejas libadoras de sueño?

Los árboles sacuden sus sábanas de aire.
Interrumpidos astros gorgotean lejanos.

Voy mordiendo las cosas: En su carozo, mi alma.
Ya la noche se acerca. Sí, ensenada mi boca.

Clávame un ritmo y ábreme.
Será la alta marea.
Navegará mi sangre y olvidaré mi nombre.

RODOLFO JUAN CHARCHAPLIÉ

EL GALLO VERDE

"Recuerde el alma dormida..."

Médico y poeta, Baldomero Fernández Moreno nace el 15 de noviembre de 1886 y escribe por libros desde 1915, año en el que publica "Las Iniciales del Misal", su obra primigenia. Su fama, intensa y extensa, se halla apuntalada por los siguientes galardones: 1925, Primer Premio Municipal; 1928, Segundo Premio Nacional; 1934, ingreso a la Academia Argentina de Letras; 1933|37, Primer Premio Nacional. Colaborador asiduo de cuanta columna importante hubo y hay en el país, pocos han alcanzado su nivel de popularidad. Y pocos también los que, como él, tienen la satisfacción y el orgullo de saberse continuados artísticamente. Pero, como ninguna dicha es completa en este mundo, la obra de Baldomero Fernández Moreno ha tenido la poca suerte de no haber sido valorada con justicia por las nuevas generaciones. Y, por otra parte, ofrece innumerables composiciones como ésta que transcribimos de la antología publicada por la Colección Austral:

AUTO

Por el camino llano, ruidoso de canciones,
con rumbo al horizonte iba el auto veloz.
Alegría del músculo y conciencia tranquila,
alegría del mundo, alegría de Dios.

En el camino llano
se ha detenido el Ford.

Todos mis compañeros se han arrojado al suelo,
quien revisa las ruedas, quien revisa el motor,
éste aprieta un tornillo, aquél toca un resorte,
todos se preocupan de algo... menos yo.
Sobre el inútil coche comprobé una vez más
lo flaco de mis manos para cualquier acción.
¡Veinte veces se ha roto una rueda en mi ruta
nunca supe que hacerme con la tal rueda yo!
Me tiñó la vergüenza de rojo las mejillas
y me apelotoné del auto en un rincón.

Pero luego pensé que era tal vez el único
que, en mitad de los campos, tenía la visión
completa de la patria, de su mucha grandeza,
de su heroico pasado, del futuro esplendor;
que era tal vez el único que sediento bebía
con la boca entreabierta, con el ojo avizor,
patria en trigos nacientes, patria en glaucas avenas,
patria en aire aromado, patria en cielo con sol.
Se me fué el vergonzoso rosicler de la cara
y un insensato orgullo me llenó el corazón.

BALCON

Tres números han aparecido ya de "Nombre", hoja de poesía que se edita mensualmente bajo la dirección de Fermín Chávez y Ramiro Tamayo. Aunque muy desparejo en calidad el material que los mismos traen, creemos que con un poco más de rigor en la selección de las colaboraciones la revista llegará a convertirse en un vehículo importante. Empresa llena de fervor, merece el apoyo decidido de todos y especialmente el de los más jóvenes, a quienes está dedicada.

Mario Trejo, el del Higo Club y el de aquellas "Celdas de la Sangre" que no encerraban nada, ahora escribe todo con minúsculas, sin puntos, sin comas y sin acentos. Y hay quienes afirman, todavía, que ya no quedan precursores!

"Canto a los peluqueros de Villa Lugano": flor de título para una poesía "social".

No vamos a discutir a sus descubridores la paternidad o maternidad del sexto continente. Allá ellos con todas las glorias de su gesta y aquí nosotros, contentos, porque a lo mejor la hazaña nos pone en rojo otro número del almanaque. Pero, eso sí, que no nos sigan con descubrimientos de valores poéticos como ése del primer

número porque hasta ahí no se estira nuestra amabilidad y enseguida nomás le pasaremos el dato a nuestro "Gallo Verde".

¿Qué pensarían Vds. si en un poema encontraran la marca Ford, la misma de los famosos V-8, rimando con Dios? Bueno, lean el poema que hoy transcribe "El Gallo Verde"... y piénsenlo nomás.

Finalmente hemos buscado, ya que no lo recibimos, el Nº 48 de la Guía Quincenal, que acaba de aparecer. En él, otra vez la seccioncita ésa de los "Valores de Hoy en la Cultura Argentina". Y en ella, para variar, otro de los miembros de la Comisión Nacional de Cultura.

Como era previsible, muchos son ya los escandalizados que han puesto el grito en el cielo para protestar contra nuestro "Gallo Verde". Tal reacción, por cierto, nos resulta muy lógica y no hace más que confirmarnos en la necesidad que existe de que el pobre animalito siga cantando con toda su voz. Paciencia, pues, y a esperar turno.

BALCONERO

PRESENCIA

invita a sus amigos a las conferencias organizadas por el Centro Santo Tomás de Aquino y que tendrán lugar en el Salón de la Reconquista del Convento de Santo Domingo, en Defensa y Belgrano, los días:

miércoles 31 de Agosto, a las 18.45 CONCEPCIONES POLITICAS ACTUALES, *por el Dr. Julio M. Ojea Quintana.*

miércoles 7 de setiembre a las 18.45, POSIBILIDADES DE LA ARQUITECTURA CONTEMPORANEA, *por el Arq. Juan C. Lafosé.*



DE LA MASONERIA

fortaleza templanza

cuenta lo que al respecto se diga. Sin embargo sabemos que no es este el parecer de la Santa Iglesia. Clemente XII la condena en 1738, Benedicto XIV en 1751, Pío VII en 1821, León XII en 1825, Pío VIII en 1829, Gregorio XVI, en 1832, Pío IX en 1846 y 1865, y León XIII en su gran encíclica *Humanum Genus* de 1884. Y el Código de Derecho Canónico, actualmente en vigor, en su Canon 2335, castiga con la excomunión automática a los "que se inscriben en las sectas masónicas o en cualquier otra asociación que conspiran contra la Iglesia y contra las legítimas autoridades civiles." Esto por lo que se refiere en general a las conspiraciones masónicas.

Por lo que mira en particular al caso presente, nos basta decir que, aunque no tuviéramos ninguna referencia concreta de conspiración de carácter masónico, *a priori* afirmaríamos su existencia. Porque es evidente que la masonería no puede estar ociosa frente a un gobierno que se propone —no decimos que ponga los medios conducentes para este propósito— una política de justicia social en contra del capitalismo, de nacionalidad en contra del internacionalismo liberal y de afirmación católica en contra del laicismo.

Fracasado entonces el plan Braden, las fuerzas opositoras no podían llamarse a sosiego. Era menester proseguir, pero menos torpemente, con un plan inteligente, sosegado y a largo plazo. El plan fué entonces elaborado y puesto en ejecución.

Cuando hablamos de oposición, no nos podemos referir a Sammartino, Santander, Balbin, Ghioldi, Frondizzi, y demás ejemplares de nuestra flora parlamentaria. Estos son apenas acólitos de la verdadera oposición, la cual actúa en lo internacional y con un objetivo asimismo internacional. Estas fuerzas son las mismas que se oponen hoy, a Franco en España, a Salazar en Portugal y que mantiene el control de Francia en contra de su verdadera grandeza y misión en el mundo. Contra la grandeza de la Argentina, se han alineado también estas fuerzas internacionales. Y como la grandeza, y en consecuencia la misión que pueda y deba cumplir la Argentina, descansa en sus valores económicos y políticos y sobre todo en los espirituales, contra una Argentina que toma conciencia de su verdadera realidad *social, nacional* y *espiritual*, se complotan las fuerzas secretas argentinas, americanas y mundiales.

El complot masónico no ha sido tramado primeramente contra Perón; sino contra lo bueno que pudo y puede, aunque cada día menos, representar Perón y que son esos mismos valores sociales, nacionales y espirituales. La lucha se lleva contra el Perón de la Enseñanza religiosa, de la nacionalidad y de la justicia social. Valores que no han sido creados ni exaltados en la conciencia argentina por Perón, sino por aquella generación de cuya ausencia parcial nos lamentábamos en otro editorial, pero que Perón ha sabido utilizar electoralmente. Si aquella generación no hubiera creado un despertar de los auténticos valores argentinos no podría haber surgido un Perón levantando la bandera de esos valores, y aún en el caso de haber surgido, no habría hallado eco en la conciencia argentina.

Ahora bien; la masonería, que conoce perfectamente la historia argentina y americana, que es de ella hechura, sabe asimismo con toda perfección que su enemigo verdadero no es Perón —el accidente Perón—, sino aquella generación que ha sabido interpretar, en nuestra tierra, la verdadera grandeza. Contra ésta entonces dirige sus más vivos y certeros ataques. Porque sabe que si aquél sucumbe y ésta queda en pie, años más o años menos, otro *verdadero Perón* volverá a la escena pública y tomará la bandera que aquel no supo defender. Así acaeció en España con Franco después del fracaso de Primo de Rivera y así ha de acaecer en Francia, donde surgirá un nuevo y verdadero Pétain. Porque lo importante no es el hombre sino el cultivo de la tierra que puede luego producir los hombres.

El complot masónico en marcha

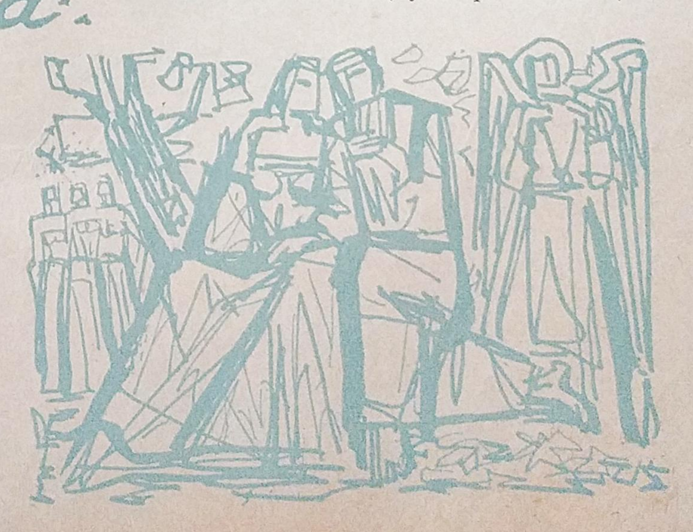
Cuando Perón asumió el poder —el 4 de junio de 1946— hizo un discurso, en el que esbozó un programa magnífico de pacificación argentina. La única paz de que puede gozar la Argentina, que es aquella que la reconcilie con los grandes valores morales sobre los que fué fundada por el genio político y misionero de España. En los corazones argentinos había expectación por Perón. En lo económico como en lo político y cultural, la Argentina tenía abundantes reservas que prudentemente administradas podían constituirla en paladín de la libertad americana. Había que obrar con cautela —la serpiente— pero con limpieza de intención, —la paloma—. Porque los enemigos, poderosos y astutos, estaban en acecho. No se trataba de hacerse el "vivo" sino de serlo en realidad y, por lo mismo, de no esforzarse por aparecerlo.

Desde ese día comienza el complot masónico, a base de tácticas extraordinariamente flexibles, que van a operar, a la vez, sobre el frente de los enemigos de Perón y sobre el frente de sus amigos. Sobre el frente de los enemigos, en el cual unos se plegarían a la nueva situación, otros adoptarían una actitud francamente hostil y otros permanecerían indiferentes, a la espera de los acontecimientos. Sobre el frente de los amigos, que se lanzarían como al asalto, para granjearse el favor del nuevo monarca y el de su poderosa consorte.

Difícil tarea la del Presidente Perón, emprender el gobierno de un país que durante ochenta años ha estado entregado a la masonería; porque ésta, durante su reinado totalitario, ha tenido el gran arte de captar para su causa a todos los que pueden haber significado un valor y los ha colocado en los puestos claves de la vida pública argentina. Sus hombres entonces, tienen preparación, prestigio y experiencia. Perón se encontró relativamente solo frente a una enorme, pesada y, en cierto modo hostil administración; solo, frente a una masa atomizada de ciudadanos que había puesto ciegamente su fe en su persona; solo y con grandes y fantásticos proyectos que abarcaban la subitánea transformación de la vida económica, política y cultural del país. ¿De quién echar mano para que le secundase en esta titánica tarea? ¿De hombres experimentados? Pero, ¿podía fiarse de ellos? ¿De hombres nuevos? Pero, ¿acertaría a encontrarlos capaces y honestos? Sea porque no los encontrara, sea porque no los buscara, sea porque los prefería mediocres y subalternos, el hecho es que, hasta este momento y salvo contadas excepciones, ha echado mano de colaboradores que se caracterizan por su mediocridad, incapacidad y obsecuencia.

Pues bien, contra estos hombres revolucionarios de los que Perón se rodeó como de colaboradores fidelísimos, la masonería iba a dirigir todos sus formidables ataques, a base de tres elementos bélicos irresistibles —mujeres, honores, dinero—. ¿Qué ha de suceder si se multiplican tentaciones tan fuertes sobre hombres mediocres que jamás han soñado en encontrarse en tales oportunidades de poder y de dinero? La respuesta no es difícil y los lectores serán discretamente amables para no pedirnos una descripción de hechos que por otra parte juzgamos enteramente innecesaria.

Mientras esto sucede, mientras el equipo fidelísimo y revolucionario del General Perón, ya de por sí mediocre, va



a ser bombardeado con tan fuertes e irresistibles enemigos, el elemento masónico, apostado dentro del gobierno, —algunos ministros, altos jefes de las fuerzas armadas, altos jefes de la Policía Federal, altos funcionarios de la Administración, senadores, diputados, diplomáticos— va a ir suplantando, poco a poco pero con firmeza, al equipo de colaboradores adictos y le arrebatará *la iniciativa gubernamental*; de manera tal, que la conducción del país pareciera ser dirigida por los enemigos en vista del fracaso gubernamental.

Aquí está la explicación del hecho, de otra suerte inexplicable, de que son tales las medidas de gobierno adoptadas desde hace dos años que parecieran inspiradas por los peores enemigos del General Perón. Podríamos documentarlo en la educación, relaciones exteriores, salud pública, trabajo y previsión. Pero donde aparece más claramente es en la conducción económica. En nuestro editorial del 8 de julio escribíamos: "No está del todo excluído el temor de que la política gubernamental, después de haber provocado un proceso acelerado de industrialización, cumplido a costa de la producción agropecuaria, que ha sido fundamentalmente perturbada y en parte arruinada, se apresure ahora —asustada y desconcertada de su propia obra— a volverse hacia la promoción también acelerada de las actividades agropecuarias, amenazando arruinar el proceso de industrialización. De esta suerte, en un par de años, se habría arruinado la ciudad y el campo." Pues bien, sabemos de un ministro del grupo económico que ha dicho: "Es necesario producir una crisis de la industria para que la gente vuelva a las tareas rurales porque sólo así se producirán las divisas fuertes que el país necesita." Otro ha dicho: "Vamos a importar muchas mercaderías y entonces bajarán los precios internos y habrá abundancia de todo y nadie hablará de agio y especulación." Y otro, sin advertir que el país no podrá exportar mientras subsista el actual tipo de cambio, insiste neciamente en que "no se deben tocar los tipos de cambio."

La meta del complot masónico

El desarrollo de la política gubernamental demuestra con elocuencia que el plan masónico se cumple lenta pero inexorablemente. Ya se puede esbozar qué ha de suceder, antes de un año, si se persiste en el actual ritmo. Dentro de seis meses, y al parecer más bien antes que después, el proceso de crisis en que ha entrado nuestra economía alcanzará síntomas de gravedad con una fuerte desocupación acompañada de un absurdo encarecimiento de la vida. Es de presumir que para entonces ha de arreciar una fuerte ofensiva, dentro y fuera del país, contra el actual gobierno. Qué sucederá, no lo sabemos. Pero es evidente que en una coyuntura difícil, una masa inmensa de población como la que puebla el Gran Buenos Aires y que sólo se mueve estomacalmente, ofrece pasto para cualquier subversión.

Y después de todo, que pase algo hoy o que deje de pasar, que un gobierno se mantenga o se prolongue, qué significado tiene, cuando ha vilipendiado las cosas más nobles, ha usado a los hombres y ha corrompido los ideales más sagrados de religión y patria.

Lo peor que le puede pasar a la Argentina no es que esto se derrumbe sino, al contrario, que esta marea de podredumbre continúe deshaciendo el alma nacional. Por esto, si se nos pregunta ¿triunfará el complot masónico? contestamos: Pero si ha triunfado ya. ¿No ha logrado acaso convertir en un conglomerado de intereses inferiores las más augustas instituciones de la patria? ¿No ha logrado reducir a esterilidad a aquella generación generosa que supo ponerse de pie en defensa de los ideales más nobles que caben en pecho humano?

Presencia se hace un deber —hoy más que nunca, en que ciertos grupos de sus lectores han vuelto a la infantil euforia— en afirmar su neta y limpia posición. Es deber imperioso de esta hora salvar los valores *sociales, nacionales y espirituales* cuya defensa constituyó la grandeza de toda una generación. Por esto es necesario dejar netamente aclarado que no podemos solidarizarnos con un gobierno que, levantando como bandera estos sagrados ideales, ha demostrado su incapacidad para traducirlos en la obra misma de gobierno y convertirlos en la substancia de la patria.

Si en un futuro próximo —cosa en la cual los hechos no nos inducen por ahora a creer— el gobierno cambiara su política y emprendiera resueltamente una conducción honesta y prudente de nuestro acervo económico, político y cultural, Presencia se colocaría también resueltamente de parte de la política gubernamental y si entonces habría que sucumbir víctimas del complot masónico triunfante, nos sentiríamos orgullosos de ello, porque consideramos que siempre es hermoso y dulce dar la vida por la patria, *dulce et decorum est pro patria mori*.

Pero mientras esto no se produzca, lo necesario e imperioso no es apuntalar un régimen que se deshace en su propia podredumbre sino salvar las generaciones juveniles argentinas que quieren la enseñanza y el ejemplo de sus hermanos mayores.

Presencia.

UNA CONDENACION

En su Pastoral de Cuaresma del presente año, el Excmo. Sr. Dr. D. Jesús Mérida Pérez, Obispo de Astorga, condena las teorías sociales-políticas de Maritain. Transcribimos a continuación los pasajes pertinentes de aquella Pastoral. (N. de la R.).

Abogando no ya por la libertad religiosa de los protestantes, sino de cualquiera otra confesión, se ha escrito: "Por "el hecho de que la sociedad política ha diferenciado ya per- "fectamente su esfera propia y su objeto temporal, y reúne, de "hecho, en (la pretensión de) su bien común temporal hom- "bres pertenecientes a familias religiosas diferentes, ha venido "a hacerse indispensable que en el plano temporal se aplique "a las diversas familias el principio de la igualdad de dere- "chos... Introducir en la sociedad política un bien particular, "que sería el bien común temporal de los fieles de una reli- "gión, siquiera fuese la verdadera, y reclamar para ellos una "situación privilegiada en el Estado, valdría tanto como in- "troducir un principio de división política, y atentar, por lo "mismo, contra el bien común temporal". (Maritain: "Les droits de l'homme et la loi naturelle, pp. 37-44). Y en consecuencia se ha defendido que la conciencia católica ha de rechazar en todas partes la ventaja legal en favor del catolicismo; que el ideal es la convivencia entre hombres de todas las religiones y aún sin religión; y no sólo convivencia de caridad para con las personas, sino de absoluta igualdad jurídica en la vida nacional. Más aún, se ha sostenido que una sociedad es cristiana cuando en ella se mira a todos los hombres con conciencia fraternal, aunque no sean cristianos, aunque no se profese un credo común religioso, y un régimen político también es cristiano, cuando el Estado traduce en leyes esa conciencia fraternal, ofreciendo a todas las religiones las mismas seguridades de existencia y actividad; que, en fin, "una diferencia social o política en favor de la Iglsia" sería en realidad más a propósito para comprometer que para favorecer su misión espiritual.

Doctrina en su totalidad contraria a las enseñanzas de la Iglesia. Porque la verdad católica es que: 1º) Una sociedad no es auténticamente cristiana sino cuando es católica, y es católica solamente cuando sus miembros lo son. Y para serlo es menester profesar explícitamente el credo católico, sin que baste en modo alguno cierta rectitud de conciencia, prescindiendo de la verdad dogmática.

Por consiguiente, ¿cómo puede ser real y evangélicamente cristiana una sociedad formada por cristianos, budistas y mahometanos, con tal que reconozcan "cada uno en su perspectiva propia" cierta dignidad y ciertos derechos fundamentales de la persona humana, la obligación de obedecer a los legítimos gobernantes, la necesidad de respetarse y amarse en la vida social, la dignidad del derecho natural?

Ciertamente, no es genuinamente cristiana una sociedad donde no se vive el Evangelio, aunque se guarden las aparien-

LA DISCUSION

El lector argentino tiene a su disposición el magnífico libro de Lewis Hanke, "La lucha por la justicia en la conquista de América". Notable síntesis de nuevas y viejas armas contra la leyenda negra, su propósito consiste en esclarecer "uno "de los mayores intentos que el mundo haya visto de hacer "prevalecer la justicia y las normas cristianas en una épo- "ca brutal y sanguinaria", (pág. 13).

Serían menester tiempo y espacio para recorrer íntegramente el libro. Preferimos, por una especial razón, escogèr sólo dos capítulos, el primero y el segundo de la segunda sección de la obra, los cuales se refieren a "El clima de opinión en que se desarrolló la lucha por la justicia en América". La elección arriesga la arbitrariedad; acaso el antojo. Puede que se den ambos. A pesar de ello intentaremos fundar nuestra actitud frente al libro, y al lector corresponderá juzgar su probanza.

La Historia sirve a la Política; esto es evidente. En consecuencia, las experiencias históricas —políticas en su tiempo— ilustran a los políticos e iluminan su obrar en el complejo ambiente de hombres y circunstancias. Habrá sucedido a menudo al lector habitual, que en los momentos en que su espíritu se preocupa intensamente en un problema, una idea o una situación, suele hallar en sus lecturas, sino su solución un planteo análogo, acaso similar, de aquellos fenómenos que vive. Esta actualidad del acontecimiento histórico la encontramos en el *clima de opinión en que se desarrolló la lucha por la justicia de América*. Y el procedimiento óptimo de que se valieron

DEL MARITAINISMO

cias y se proclame oficialmente católica; pero menos lo sería otra en que faltaran los dogmas, los ritos y las fórmulas externas; entre otras razones, porque también faltaría en ella el espíritu, y no sólo los dogmas, los ritos y las fórmulas, esenciales en el catolicismo, el verdadero cristianismo. Si para ser cristianos nos basta la ley natural, ¿qué sentido tiene el Evangelio y la misión dada a la Iglesia de predicarlo a todas las gentes?

2º) Una sociedad católica, a lo menos en su totalidad moral, debe asegurar a la religión católica, no sólo la ventaja legal, sino el exclusivo puesto en el sentido antes explicado. En tal sociedad, por hipótesis, no existen confesiones religiosas, pues hay unidad en la verdad católica. Los pocos disidentes no llegan en todo caso a constituir un grupo social de importancia, y, esto supuesto, nada peligra la paz pública por no igualarlos jurídicamente desde el punto de vista religioso a los católicos, y, en cambio, sí peligra igualándolos.

Primero, porque causarán molestias a los católicos tratando de ganarlos para su secta, y provocarán reacciones, quizá violentas; segundo, porque atentarán, y acaso eficazmente, contra la unidad religiosa, como bien nacional y fundamental causa de paz, introduciendo así cismas, problemas y conflictos antes inexistentes. En una sociedad católica, la convivencia fraternal se asegura conservando la unidad religiosa, no disolviéndola, como es patente.

Fuera de que con esa inoportuna libertad religiosa se fomenta el indiferentismo religioso, pues todo ciudadano experimenta que en la vida social lo mismo da ser católico que protestante o budista.

Por otra parte, siendo falsa la religión no católica, aunque quizá profesada de buena fe, ningún derecho tienen sus secuaces a propagarla ni a exhibirla con escándalo público, y, por lo tanto, no reciben injuria de un régimen católico que se lo prohibe, si, por otra parte, les permite la práctica privada y les respeta sus derechos naturales.

Precisamente por todas estas causas, Gregorio XVI y Pío IX condenaron la teoría de Lamennais, que era idéntica a la que aquí reprobamos.

Hasta aquí la Pastoral en la parte condenatoria del régimen político y cristiano de Maritain. En la pág. 18 de la misma leemos lo que sigue:

"...haciendo resurgir de nuevo la cristiandad, no en el absurdo sentido maritainiano de juntar en total acuerdo, y bajo una universal fe común, a materialistas, idealistas, cristianos y judíos para dar a la sociedad del mañana sus bases definitivas, sino en el sentido de reunir nuevamente a los pueblos europeos y aún a todos los pueblos del mundo, sin mengua de sus respectivas e individuales características, en una gran familia que en la unidad de fe católica tenga su más sólido fundamento, y en la cual aquellos principios permanentes se apliquen con arreglo a las circunstancias que continuamente se transforman y al acontecer histórico de cada pueblo".

DEL REGIMEN

los conquistadores españoles en la ocupación de Indias, nos concentra en esta experiencia política sugerida o *actualizada* en las palabras de Hanke. Por lo demás no se nos ocultan los restantes aspectos valiosos de la obra. Esto queda para el lector ávido de verdad histórica.

La libertad de discusión en torno al tratamiento que los españoles debieron dar a los indios constituye uno de los más asombrosos episodios de la historia de la conquista. Esa libertad fué garantizada constantemente por los reyes españoles, aún contra la voluntad de numerosos funcionarios destinados a Indias. Al menos, esto sucedió bajo el reinado de los Austrias. "No "sabríamos lo que sabemos —nos dice Hanke— de este aspec"to de la lucha por la justicia en América si los españoles no "hubiesen sido libres para discutir los problemas americanos" (p. 78). He aquí algunos ejemplos.

El 14 de agosto de 1509, Fernando el Católico ordenaba que "ningún oficial impidiera a nadie enviar al rey o a cual"quiera otro cartas u otra información concerniente al bienes"tar de las Indias". El 14 de noviembre del mismo año, en carta del rey dirigida a Diego de Colón, aquél censuraba la conducta del comendador que prohibía a los pobladores de la Española enviar cartas a la metrópoli. Estos eran sus términos: "Yo he sido informado que el dicho comendador mayor toma"ba las cartas a los que estaban en las dichas islas, que escri"bian a Castilla, e no las dexaba pasar, de que he seído de"servido en gran manera" (p. 86). El 31 de julio de 1529, habiendo llegado a oídos del rey Carlos V el hecho de que la Audiencia de la Nueva España impedía a los allí residentes escribir o ir a España, aquél mandó poner fin a la intromisión y ordenó "que no debe interesarse la audiencia en averi"guar el contenido de las cartas ni sus corresponsales" (p. 89). El mismo Carlos, en orden real posterior, decretaba: "Manda"mos y defendemos firmemente que agora y de aquí en ade"lante en todo tiempo cada y cuando nuestros oficiales y to"das las otras personas vecinas y moradores y habitantes en "las dichas Indias, islas y Tierra Firme del Mar Océano nos "quisieran escrebir y hacer relación de todo lo que les parecie"re que conviene a nuestro servicio y venir o enviar mensajero, "lo puedan hacer, sin que en ellos les sea puesto embargo ni "estorbo ni impedimento alguno direte o indiretemente" (p. 90). En la real orden del 27 de mayo de 1582, el rey Felipe II se quejaba al obispo de La Imperial de que "no le hubiera "dado cuenta del inhumano tratamiento a que los encomen"deros de Chile sometían a los naturales" p. 91).

Por lo demás, en cuanto a los escritores notables de la época, Hanke nos cuenta que "nunca se prohibieron los escritos de Las Casas", apóstol y defensor de los indios, "mientras quienes "escribían libros en defensa de los españoles y de su política "encontraron más difícil, y a veces imposible, obtener el per"miso real para su publicación. Ciertos escritos de los princi"pales contradictores de Las Casas, tales como Sepúlveda y "Oviedo, no se imprimieron hasta el siglo XIX, mientras Las "Casas pudo distribuir —con demasiada libertad, en opinión "de algunos de sus contemporáneos— sus escritos publicados "e inéditos por toda España y el Nuevo Mundo" (p. 84).

Los fulminantes cargos que fray Antonio de Montesinos imputaba a los conquistadores en su conducta para con los indios, causaron la controversia que, demasiado grave para resolverse por escrito, fué tratada personalmente por el rey Fernando, quién luego de escuchar a Montesinos, trasladado a España al efecto, mandó reunir una junta de teólogos para que deliberara y redactara leyes adecuadas sobre el tratamiento de los indios. (p. 34).

Estos pasajes de la historia de la conquista española demuestran no sólo la preocupación personal del rey por gobernar con entera justicia, si no también la libertad de acudir a él para informar, plantear y resolver los problemas que aquella suscitaba.

Todos los habitantes y residentes en Indias tenían la facultad de colaborar en el mejoramiento de la política indiana. De tal manera, se adecuaba la legislación dictada en la metrópoli a los intereses de las colonias. Hanke apunta que "todos los cuerpos de ordenanzas promulgados por la corona "—las instrucciones para el gobernador Ovando (1501), las "leyes de Burgos (1512), las Leyes Nuevas (1542), la orde"nanza de descubrimientos (1573), se redactaron sin excep"ción con motivo de quejas recibidas de América" (p. 93). Más adelante, el autor refiere que "este período de libertad de "palabra coincide con la época de mayor esplendor que Es"paña haya conocido nunca".

Y bien. Los pasajes comentados de la obra de Lewis Hanke nos conducen a una disgresión. Esta es. La libre discusión del sistema de gobierno propugnado por un estado facilita, generalmente, su evolución política, de tal modo que aquellos principios que filtran de la realidad y de los intereses comunes de los gobernados se conforman con precisión al destino del pueblo. No queremos enunciar una receta dogmática. Lejos está de nuestro intento. No decimos que la libre discusión de la política entre dirigentes y dirigidos sea un supuesto necesario para su éxito. Pero sí afirmamos que numerosas experiencias históricas demuestran que por el procedimiento de la libertad de discusión se puede llegar a resultados felices. Una de esas experiencias fué la de la conquista española. Y la historia de la humanidad registra muchas otras.

Así, la historia del pueblo romano muestra cómo gobernantes y gobernados sabían postergar a tiempo sus diferencias intestinas y asistir unificados a las guerras exteriores que amenazaban al estado. Esta disciplina observable en las emergencias de Roma no impidió las controversias suscitadas frecuentemente en torno a la legitimidad de alguna institución de mando. Por ejemplo, en época de la república en que la periodicidad caracterizaba las funciones de los magistrados, la experiencia de los hechos sembraba un escollo serio al formalismo constitucional. En efecto, cuando las guerras duraban más tiempo del fijado al magistrado para continuar en el poder, éste se veía sometido en condiciones de ilegitimidad al par que exponía su vida y la de sus militares defendiendo los intereses exteriores del estado. Esta dificultad de la constitución republicana debida a la anualidad y colegialidad de las supremas magistraturas llevó a los romanos a imaginar diversos expedientes surgidos de la discusión del régimen en la propia metrópoli mientras la lucha persistía. Tales fueron la división del campo de acción, el turno y la prórroga en el mandato militar. De todos modos cuando los frentes se extendieron, aquellas soluciones transitorias perdieron su poca eficacia. No fué extraño el hecho de que algún jefe militar fuera llamado a comparecer ante el Senado o la Asamblea del pueblo para discutir la naturaleza y legitimidad de su mando. Pero el formalismo político cedió

nuevamente frente a las exigencias de la realidad concreta. La unidad y la permanencia en el mando comenzó a legalizarse, y así vemos a Escipión el Africano ejercer en forma ininterrumpida durante diez años las funciones supremas de general en jefe en España, Italia, Sicilia y Africa. La discusión más o menos libre que los romanos sostenían permanentemente sobre la eficacia de sus principios políticos, puso en plano de prueba la flexibilidad de su régimen de gobierno. Esta flexibilidad era producto de su profundo sentido realista; y las instituciones por las que se regían se configuraron bajo la presión de los hechos y de las circunstancias. Polibio narra cómo "los Romanos, aunque en el estable cimiento de su república se propusieron el mismo objeto" (la constitución mixta, producto de la combinación de los mejores principios de los sistemas puros de gobierno, mediante la cual conservaron los Lacedemonios su libertad por más tiempo que otro pueblo) "no fueron conducidos por la razón, sino por los muchos combates y peligros, a cuya costa aprendieron la forma de gobierno que más les convenía" (*Hist. Univ.* L. VI, 5.ª).

En la Edad Media, el Imperio carolingio nos proporciona una nueva experiencia del principio que nos ocupa. En efecto, es imposible juzgar el apogeo de su gloria prescindiendo de la conocida institución de los *missi dominici*. Carlomagno reglamentó que los viajes de inspección que estos altos funcionarios (cuya jurisdicción emanaba directamente de aquél) realizaran por todo el territorio del imperio fueran regulares y periódicos a fin de no perder contacto con sus súbditos. Una de sus funciones más importantes fué justamente la de observar las necesidades del pueblo, recoger las impresiones sobre las instituciones en vigor e informar detalladamente al emperador de las aspiraciones de todos. Este clima de opinión en que se desarrollaba el sistema político del Imperio, permitía al emperador adecuar la legislación a las necesidades actuales de sus dominios.

Volviendo a la experiencia española, cómo asombra ver al rey Carlos rodeado de su corte intelectual y asesora formada por Pedro Ruiz de la Mota, Antonio de Guevara, Alfonso de Valdés, Juan Luis Vives, Juan Ginés de Sepúlveda, Mercurio Gattinara..." discutiendo el gobierno del Imperio y el ¡sentido y alcance de la catolicidad de la Iglesia Romana!

En suma. La libertad de opinión sobre los regímenes políticos no debe entenderse en el sentido de que necesariamente condiciona el éxito de la empresa que dirige. Ello puede ser así o de otro modo distinto. Nuestra nota es sólo una alusión histórica y que lejos está, históricamente, de agotar el tema. Formulada la salvedad, podemos decir que la libertad para discutir los principios que informan un régimen de gobierno puede conducir a una consecuencia doblemente beneficiosa: por un lado, permitirá la selección de los sistemas abstractos en su experimentación en la realidad social, y, en consecuencia, determinará la adopción de aquéllos que mejor se conformen a las exigencias de la sociedad política; por el otro, permitirá que los sistemas seleccionados, ya en pleno funcionamiento, sean corregidos en cada oportunidad en que las necesidades de la comunidad lo requiera. Y esto es lo que distingue la bondad de los regímenes de gobierno de gran flexibilidad política de aquellos otros en los que la sorda rigidez desconecta el principio teórico de la realidad concreta. Claro está que todos estos principios de política exigen la aptitud persuasiva en el gobernante y la correlativa capacidad de compresión en los gobernados. El político debe persuadir a los súbditos del bien que procura para la comunidad y aquellos deben comprenderlo para ordenarse a él. Este equilibrio en la inteligencia del bien común es la base del éxito de cualquier empresa política. El problema se presenta cuando el gobernante o los ciudadanos, o ambos a la vez, no alcanzan a ver el bien de su nación ni aciertan, por tanto, el camino que los lleva a él. Sucede entonces que el desconcierto y los continuos desatinos de los dirigentes se truecan en los más graves males.

Aquí concluye la disgresión. La responsabilidad queda a cargo del señor Hanke por haberla sugerido. La mía creo salvarla por cuanto la lectura de su excelente libro implicará a otros lectores muchas nuevas sugestiones... tal vez más extensas que la que acaban de leer.

TOMÁS INFANTE

[1] Sería erróneo deducir de aquí la libre discusión de los principios básicos y fundamentales de la misma vida social, como pretende el liberalismo. La libre discusión sólo es legítima sobre la base de principios comunes, que están por lo mismo fuera de toda discusión, y cuya verdad emana de la razón y de la Revelación.



SOBRE PROCERES Y HOMENAJES

No hace muchos días y con motivo de sucesos que son del dominio público, el país asistió a un gran espectáculo de exaltación patriótica.

Sin duda alguna, la nación debe recordar con respeto y agradecimiento las grandes figuras de su historia y más aún en el caso del prócer que fué objeto del homenaje, el General San Martín, con tantos títulos de gloria.

Sin embargo, repitiendo lo ocurrido en ocasiones similares, este acto fué teñido por un pernicioso matiz de *canonización laica*.

No es necesario poseer una sensibilidad muy fina para percibir cuán frágil es el peligroso equilibrio entre lo solemne y lo teatral; tampoco es el momento para caricaturizar, inconvenientemente, hombres y actitudes; pero todo ello da pie para precisar, en breves líneas, algo de lo aconsejado por los principios y la discreción para esta emergencia.

Existe la alarmante y grave tendencia a otorgar una dimensión exagerada a personalidades históricas que, por humanas, no poseen cualidades en un orden tan absoluto e indiscutible y a rodear las ceremonias patrióticas de un aparato seudoreligioso a todas luces inconveniente.

Digamos de una vez por todas y sin temores que, como católicos y como argentinos celosos de las nobles y verdaderas dimensiones de la grandeza nacional, rechazamos tal atrevida pretensión de *idolatrar* lo patriótico.

Se "rinde culto" a los próceres; se "inciensa los altares" de la patria; se realizan ceremonias "litúrgicas", en loor de los "manes sacrosantos"; se practica el fetichismo hasta las más remotas generaciones. Todo ello es torpe y reprobable y lejos de ser el justo homenaje a nuestros grandes hombres, es motivo de que no se los respete debidamente, pues el pueblo llega a confundirlos con la rutina desordenada que los rodea.

Creíamos que esta jerga sólo cabía en la peor retórica del normalismo universal y que su lugar natural estaba en aquellos discursos pronunciados frente a los "redomones de bronce" —como decía Oliverio Girondo— y que nadie escucha; pero he aquí que la vemos asumir jerarquía oficial y académica y más aún, definitivamente sancionada, parece que tomará cuerpo y autoridad delante de ese "altar" que —según ha puesto alguno— se levantará en el patio de cada colegio de la República...

Los lugares comunes —poderosos y vacíos— dejarán de pertenecer al dominio relativamente inofensivo del director de colegio, para ser lanzados a las masas y, entonces, solo Dios sabe lo que saldrá de esa asimilación popular del patriotismo en "slogans"!

Esto sucede, en gran parte, porque el sentimiento patriótico de nuestro pueblo es superficial y sin raíces, como consecuencia, a su vez, de la grave y ya prolongada crisis espiritual. En un clima así es fácil que sea desbordada toda jerarquía.

Nuestro país es un país difícil: de comprender, de gobernar, de educar. Nuevas remesas humanas deslíen, sin cesar, la borrosa casi-tradición que dejaron nuestros organizadores. Tierra necesitada de una amorosa comprensión de sus limitaciones, de una política educativa muy inteligente y cuidadosa.

Si el intento que persiguen esos actos patrióticos es amalgamar con urgencia el país, fortificando el sentimiento de nacionalidad —tan debilitado— y la tradición —que apenas vive—, bienvenida sea tan noble tarea, pero prolijamente meditada y conducida por vías más sutiles, eficaces e íntegras que las de una política de megáfono. El amor a la patria —el verdadero amor, que es ordenado— es una de las instancias más dulces, entre aquellas que mueven el corazón humano, pero su llama no se aviva con tan menguados ministerios.

Nada más negativo, en resumen, que vocear legítimas verdades en fórmulas vacías que sólo desfiguran y confunden.

Un párrafo final dedicado a ciertos académicos e historiadores que han ocupado el primer puesto para reclamar la intangibilidad de toda figura y época ya "sancionada y juzgada". Su atrevimiento corre parejo con la culpa que llevan en la desdichada e indigente condición de nuestra historia escrita y aunque la mayoría de ellos no son recién llegados a este trabajo de cuidar vestales, les recordamos que la empresa amarga y no siempre bien retribuída de servir a la patria quiere otras vías que no son las del altoparlante y que más digna y útil es la tarea de iluminar la verdad —celosamente obscurecida— que golpear, en la esquina, la gran lata vacía de los fáciles lugares comunes.

ENRIQUE ZULETA ALVAREZ

CORREO ARGENTINO
Central
Franqueo Pagado
Concesión N.° 4330
Tarifa Reducida
Concesión N.° 4045